

SOBRE LOS GITANOS EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Joan M. Oleaque Periodista y profesor de periodismo en la Universidad Internacional Valenciana (VIU)

En nuestros días, todo el mundo entiende -o al menos, ha escuchado alguna vez- que los medios de comunicación definen el entorno en que vivimos. Desde ellos se nos indica cómo ha sido, cómo es y cómo debería ser nuestra vida social. Por encima del análisis histórico y más allá del estudio sociológico, la visión de los medios de comunicación transmite una imagen de la realidad que hoy es asumida, de modo inconsciente, por la inmensa parte del planeta. Los medios lo hacen más cada día, experimentan con más modos y maneras para ello.

En el momento en que la inmigración ilegal empezó a proliferar en España, quizás se podía pensar que la comunidad gitana iba a dejar de ser mediáticamente eso que Maruja Torres refirió una vez como "españoles en el cuarto trastero". No porque los medios, de pronto, fueran a convertirse en solidarios, sino, más bien porque los inmigrantes que llegaban estaban aún peor que los gitanos, iban a ser más débiles y desconocidos, y, por tanto, más susceptibles de ser maltratados socialmente y de que eso impregnara el lenguaje periodístico. Si, como podía pasar, los inmigrantes iban a ser maltratados en los medios, por fin se vería claro que los errores periodísticos españoles en relación al racismo no tenían tanto que ver con las características del grupo sobre el que se aplicaba, sino con la relación de superioridad con la que la sociedad mayoritaria puede llegar a contemplar y a contar su entorno. Sin embargo, no ha sido así: si bien hay abundantes casos de informaciones en nuestros días en que la xenofobia, en mayor o menor grado, impregna con su tufo lo escrito o emitido, en muchos casos prevalece una visión incluso más considerada para con los inmigrantes que con los gitanos. En realidad, con estos últimos, la mala imagen social y mediática parece que se ha recrudecido. La antropóloga Teresa San Román, en una conferencia pronunciada en Valencia en 2005, durante la conmemoración del 25 aniversario de la Asociación de Enseñantes con Gitanos, apuntó que, en el siglo XXI, en España, como sucedía en los tiempos más oscuros, se está volviendo a identificar lo gitano sólo con lo miserable y con lo marginal.

El gitano, pues, que no pertenece a ese estrato social, o que sale de él para mejorar, deja de ser percibido por la sociedad mayoritaria -y a veces también por la gente de su entorno directo- como miembro del colectivo. La dependencia que ha marcado la política de muchas asociaciones, el anclaje en el analfabetismo, el desastroso estado escolar, la pérdida de tantos trenes de nuestro pueblo, la ausencia de referentes... Todo ello ha contribuido a que el pueblo gitano sea totalmente ajeno a los grupos de presión, algo que parecía vislumbrarse en los primeros y muy reivindicativos tiempos del llamado movimiento asociativo gitano. En consecuencia, el tratamiento mediático de los asuntos gitanos acostumbra a ser tan poco considerado como suele serlo con el resto de grupos sociales que ni protestan, ni transmiten una sensación de avance y de influencia.

El pueblo gitano, a veces sin conciencia de metas comunes, a veces sin capacidad de ver que es posible una batalla verdadera por cambiar su imagen, se ha convertido en objeto propicio para decir cualquier cosa de él, siempre en aras de lo pintoresco o espectacular. Ni se le considera una comunidad española ni inmigrante, sino otra cosa diferente, una gente que lleva una eternidad en tierra de nadie, y así, en repetidas ocasiones se le trata, favoreciendo el esperpento, dando voz a los que más encajan con esos erróneos conceptos. Por otra parte, cuando supuestos portavoces gitanos insisten en dar una imagen más bien idílica, paternalista y falsa, la cosa es casi peor. Sobre todo en noticias de sangre o droga, es algo que sólo empeora la imagen que desde fuera se tiene y se va a transmitir mediáticamente.

La proliferación de programas televisivos sensacionalistas que se venden como de servicio público -o como inofensivo entretenimiento- ha procurado que, en nuestros días, tras cada accidente, cada muerte, cada escándalo, aparezca alguien con un micrófono y con cara de ir a descubrir un nuevo *Watergate*.

La velocidad y la necesidad de material de emisión ha hecho, como ya vaticinó el periodista americano Mike Sager que la superchería y la lluvia sangrienta de naderías impactantes sustituya repetidas veces a los hechos, al rigor, a la originalidad, a los temas propios, a la profundidad de campo. Evidentemente, las radios y los medios escritos no han sido ajenos tampoco a esta deriva tan televisiva, de tal modo que a veces parece que el único periodismo posible hoy sea el más celérico, el exagerado, el que salpica, el que va unido a la opinión en vez de al análisis. »

Cuando esto, en una época de cambios y crisis como la actual, se aplica sobre las informaciones que atienden a un colectivo como el del pueblo gitano, con una imagen encajada en un tópico que atraviesa generaciones, y sin verdaderos grupos de presión a su favor, tenemos la sobrecogedora situación de ahora. Hoy, hablar informativamente mal del gitano se convierte en una rutina, en algo fácil que siempre se ha hecho, que no da problemas, que no tiene por qué variar. Pese a que destellan ciertos buenos casos de gran periodismo, la mayoría de las veces sólo se habla de lo gitano para afianzarlo en una visión estereotipada, ya que ésta se ha consolidado como la más noticiable y reconocible. En este sentido las cosas no han mejorado con Internet, ya que algunos medios nacionales dejan hervir en sus foros digitales aquello que no se atreven a publicar: proclamas racistas, amenazas anónimas de asesinato, etcétera. Todo impunemente, sin pensar en cómo puede herir, escudándose en una libertad de expresión que esconde una tendencia anti-periodística al insulto y a la alarma.

Los medios, en su gran mayoría, no guían a la sociedad, ni aspiran a hacerlo, tan sólo la reflejan de modo grandilocuente. Por eso, muchas veces están impregnados de sus peores miedos y reflejos. Sin embargo, los mejores de ellos, suelen tener la grandeza de apostar -o por acabar apostando- por lo mejor de la misma, por lo que la hace avanzar. Para la representación de los gitanos, apostar por lo cultural, es la clave para alejar esa representación del estigma habitual de miseria y marginalidad. De este modo, los reportajes bienintencionados dejarían de ser habitualmente pirotécnicos y maniqueos, y

las informaciones tendenciosas tendrían muchas menos facilidades para producirse y reproducirse. Desde la cultura, el concepto de *raza gitana* por fin se desharía en los medios, y se podría entender que lo marginal o lo folclórico son elementos que no emanan del hecho de ser gitano, sino que lo condicionan. Con el énfasis en la cultura –en su sentido más amplio, más social- puede por fin asumirse una representación sensata del grupo, en la que los comportamientos chirriantes de gitanos excluidos estarían, por fin, mucho más relacionados periodísticamente con las mafias urbanas de diferentes países que con gitanos que puedan estar leyendo este texto.

PONENCIA EN LAS 34 JORNADAS DE ENSEÑANTES CON GITANOS,
SEVILLA SEPTIEMBRE 2015